haber sido, en sus primeros años y en los mejores tiempos de la República romana, soberbios, espléndidos, magníficos. ¿Cómo sería aquel panorama, cuajado de estatuas marmóreas colosales; de grupos de corceles tirando de los carros colocados sobre los arcos de triunfo, de columnas conmemorativas y de palacios con fuentes y jardines?

Empero Roma cayó rompiéndose en mil pedazos, sepultando su frente en el lodo de la orgía, y desbaratada á los golpes de las invasiones bárbaras del Norte. Cayó, pero quedan su recuerdo, sus ruinas insepultas, sus foros, sus columnas y su maravilloso Anfiteatro Flavio.

Si estos restos imponentes se contemplan, por ejemplo, en los momentos de la caída de la tarde, en tiempo sereno, cuando los árboles del Palatino, movidos por el viento, remeden ecos misteriosos, y el sol poniente tiña de gualda las piedras seculares, el efecto en el ánimo que produce el panorama, es indescriptible: del espíritu se apodera la melancolía, y el aspecto del conjunto, más que triste y silencioso, puede decirse que es fúnebre. ¿Y cómo no, si como cantó Rioja á Itálica:

"La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron?"
.....

Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales;
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas."
.....

---



# CAPÍTULO XL.

## ROMA.

---

### ALGUNOS OTROS MONUMENTOS ANTIGUOS.

PONGAMOS en este capítulo punto final á la parte de Roma antigua, pues en fuerza de la importancia palmaria que ésta tiene, hanse prolongado más de lo que yo me imaginaba las presentes líneas.

Escribir acerca de Roma, de la Ciudad Eterna, de la misteriosa capital bañada por el Tíber; de la melancólica señora de las fuentes, de los cipreses, de los pórticos de columnas ennegrecidas por los siglos, y la de los capiteles de hojarasca bella; la de los arcos triunfales y de los frisos con inscripciones borrosas; escribir acerca de ella, repito, es — como ya lo dije al principio de esta serie de rápidos capítulos — como una gota de agua caída en medio de la extensión infinita del Océano.

Es irresistible, esto no obstante, el deseo que se tiene de dejar consignadas las impresiones sentidas: retoza la pluma en las manos con deseos inmensos de correr, correr veloz á impulsos del recuerdo; y cuántas veces la voluntad es poca fuerza para detener los arranques y las digresiones imprescindibles de la imaginación. Y ¿quién no sentirá, en efecto, grandes emociones en medio de una ciudad tantas veces ala-

bada y venerable por sus años, ó ante un monumento que añoso proclama las centurias que posee?

Las rocas se gastan á diario por el agua: precipítase desde la altura un bloque de basalto y rueda sin cesar en el seno de las aguas, y rompe sus esquinas y se transforma al cabo en una mole pulida y redondeada por el trabajo del líquido elemento: las arenas de un río se acumulan, reteniendo consigo cuanto á su paso encuentran, y al cabo de los años se ha vuelto otro el terreno en donde sus capas se han depositado: la materia, en fin, por ley inmutable, se transforma cada día, cada hora y cada instante: sólo parecen inmutables los restos gigantes de la antigüedad; parece que con ellos las leyes de la naturaleza han hecho una excepción, pues si las mismas rocas ó crecen ó se gastan ó se descomponen, ¡con cuánta mayor razón dejarán de ser duraderas las obras de los hombres!

Sin embargo, siglos y siglos han pasado y todavía la Esfinge, en medio de los desiertos de la nación del Nilo, mira á diario con sus ojos de coloso levantarse al sol; todavía las altas pirámides, proyectando su sombra en las arenas, aguardan en pie á que otras veinte generaciones de sabios pretendan arrancar á tan enormes moles los secretos que silenciosas guardan; todavía podrán cuarenta siglos más contemplar los cuerpos mutilados de Memfis y de Tebas, y el bálsamo y el perfume de sus momias se conservará dentro de los sarcófagos de piedra por incontables centurias. Y por muchos siglos, los mármoles labrados del Partenón serán el asombro de los escultores, de los artistas y de los arquitectos, y el sol seguirá dorando tal vez hasta la consumación de los siglos la frente erguida de la Grecia antigua. Así pasa en Roma: vendrán abajo las gradas del Anfiteatro Flavio; se derrumbarán las columnas de los Foros; Roma se volverá escombros; pero cuando esto sea, el Papado habrá dejado de existir en Roma, y al dejar de existir en la Ciudad Eterna, es porque ha tocado al mundo el fin de su vida añosa y agitada.



Empero, todas estas reflexiones al vuelo, que surgen á la vista de las ruinas del Foro Romano, por cierto que no sólo en este lugar de Roma asaltan á la mente: todavía la Roma antigua se levanta por otros sitios, como por entre el polvo y las cenizas asoman los huesos de los muertos.

Arriba del Foro que hemos visitado, en una eminencia netamente histórica, en una de las siete célebres colinas en que la vieja Señora del Tíber se asentó magnífica, en el monte Palatino, se encuentra otra inmensa necrópoli, puede decirse, de palacios: un cementerio de muros y columnas y de restos de edificios, al parecer suntuosos en épocas remotas. Una excursión al Palatino es muy interesante: pueden emplearse unas dos ó tres horas en la inspección de ese lugar. Una vez allí, descúbrense cámaras con frescos vetustísimos, fragmentos de pisos de mosaico, bóvedas de cañón, escaleras de piedra, estatuas mutiladas, muros ciclópeos, y ruinas por todas partes, y tristeza como en toda Roma. Una pequeña fracción del Palatino se encuentra hermoseada con árboles y flores, y la otra se ha dejado intacta después de haberse exhumado tanto resto histórico.

Desde la alta eminencia se descubre un bello panorama de Roma, y sobre todo, á los pies se extiende el Foro Romano, pudiendo de esta suerte apreciarse mejor, con sus arcos de triunfo, sus columnas y basílicas.

Aqueste recinto de paredes desmoronadas fué la casa de Calígula, de aquel extravagante y loco Emperador que hizo cónsul á su caballo: el otro recinto de más allá fué la casa de Tiberio, y el otro la de Livia. Este conjunto de muros carcomidos, de recintos sin techos, era la casa Flavia, sumamente curiosa por la infinidad de departamentos que todavía pueden contarse, el atrio, la basílica, el *Tablinum*, un peristilo con columnas en torno, el *nympheum* con un pequeño estanque elíptico; en suma, un vasto edificio dispuesto á usanza de aquellos tiempos.

El palacio de Septimio Severo y el *Stadium*, ocupan la la-

dera meridional de la colina, y por aquí puede bajarse para visitar el amplio Circo Máximo, cuyas ruinas, también interesantes, á los pies de la colina se encuentran. Asimismo desde allí se goza del bello panorama de los campos: muy cerca se ve un cementerio, no estoy seguro de si es el de los hebreos.

En resumen: el Palatino y todos los lugares adyacentes á la colina, son importantes no sólo desde el punto de vista histórico, sino también del arquitectónico; pues aquí puede hacerse un estudio detenido acerca de la disposición de los palacios y edificios de tan remotos tiempos y juzgar también, por lo que existe, de la belleza artística de las construcciones romanas.

Dirijámonos ahora desde este sitio, pasando nuevamente por la plazoleta del Capitolio, hacia un monumento admirable de la antigüedad, tan universalmente conocido, como de todos celebrado: la columna Trajana. El lugar donde se encuentra, no muy lejano del Capitolio, es el asiento de la Basílica Ulpia, que formaba parte del vastísimo Foro de los Césares, del cual tantas huellas se ven por todas partes. La plaza en la que se alza la columna llamóse del Foro Trajano: es de forma irregular, cercada de edificios poco ó nada notables: en medio hay un espacio que rodean un barandal de fierro y á tramos postes de piedra: el piso de este espacio está más bajo como unos dos metros del pavimento general de la plaza. Míranse series paralelas de columnas, que arrancan del pavimento inferior, pero mutiladas; reconócese por las bases, que fueron corintias, y la mayor parte de ellas existen sólo hasta el tercio; los fustes son lisos, y todas ellas formaban como las naves de la Basílica citada anteriormente.

En el fondo de este recinto, al Noroeste de la plaza y en un hemiciclo, se levanta gallarda y magnífica la columna erigida en honor del César Nerva Trajano, y está muy bien conservada. Es de orden dórico: evidentemente que tiene el doble carácter de honorífica y cronológica: es muy sencilla, tiene pedestal con bajos relieves esculpidos, y en los ángulos, de bulto las águilas romanas sosteniendo con las garras festones de laurel: la idea es bastante feliz. Encima del pedestal se asienta la base, compuesta de un soclo, toro y filete, y en seguida el fuste hueco de la columna, que encierra una escalera, rematando por el capitel. En otro tiempo coronaba al todo la estatua de Trajano; hoy se ve la del Príncipe de los Apóstoles. En torno al fuste, en espiral, hay esculpidas multitud de figuras que representan hechos de armas; y como hace muy bien notar un historiador (Duruy, *Histoire romaine*), este soberbio monumento es "la más rica mina donde los anticuarios han podido conocer las armas y los usos militares de los romanos y los bárbaros."



Sabido es que los arquitectos romanos fueron, sin duda, los primeros en dar gran valor á la columna, empleada como elemento arquitectónico aislado: demuéstrase tal cosa, pues que ni en Grecia ni en otras naciones, en donde el arte se cultivó brillantemente, se encuentran las columnas conmemorativas monumentales como en Roma: este ejemplo se ha imitado en varias ciudades del mundo. Paris posee dos magníficas columnas, cuales son la Vendôme en la plaza del propio nombre, y la de Julio en la de la Bastilla; pero la primera, toda de bronce y coronada con la estatua de Napoleón I, es una copia fiel de la Trajana. Trasunto de ésta es asimismo la Antonina que ya en Roma conocemos, aunque la del Monte Citorio es muy inferior á la de la Basílica Ulpia. Sin embargo, ambas son los mejores y excelentes ejemplos de columnas honoríficas; y aun cuando se ha discutido el empleo de la columna para monumentos de este género, es evidente que no deja de ser el efecto grandioso.

Recuerdo también, como hermosa muestra de monumento en columna, el de Colón en Barcelona, acerca del cual en otra ocasión dí algunas noticias al lector.

Convengamos en que, por ejemplo, una columna gallarda, de formas elegantes, de proporciones majestuosas, y erguida

sobre un pedestal cuya composición artística fuera inusitada pero hermosa, sentaría muy bien en medio de nuestra extensa Plaza de Armas, sin árboles, sin nada que cubriera la vista, y con rico embaldosado el espacio todo; ese monumento y aquel sitio, serían quizá los apropiados para perpetuar en la capital de la República la Independencia de la Patria, como hace muchos años cuerdamente se pensó.

Además de todas estas ruinas, míranse diseminadas por casi todos los ámbitos de Roma otras muchas que no carecen de importancia. Del mismo Foro de los Emperadores, aquí y acullá aparecen vestigios, aun cuando las calles nuevamente trazadas y los edificios que con posterioridad allí se han levantado, cambiaron ya por completo aquel lugar. Recuerdo, por ejemplo, que por una calle encontramos un fragmento de fachada del Foro de Nerva, con dos columnas corintias, estriadas, de capiteles muy destruídos, soportando un pesado entablamento en cuyo friso aún se distinguen los bajos relieves que lo exornaron. El recinto es ahora un horno de pan. Por otra calle se descubre la columnata y los frontones del llamado templo de la Fortuna Viril, del cual están copiadas las fachadas de la iglesia de la Magdalena de Paris. Y las termas de Tito y las de Caracalla y las de Diocleciano, pueden verse aún en ruinas, algunas con grandes salas de construcción notable. Y por aquí el templo redondo de Vesta, por allá el arco erigido á Druso, y hasta en las afueras de la ciudad la magnífica arquería del viejo acueducto que se distingue desde el ferrocarril; por todas partes hay un monumento, una piedra, un montón de mármoles que recuerdan lo que en otros tiempos fué esta soberbia Roma llena de misterios, de sombras, de cenizas, de tumbas y de melancolía.

Por la sencilla relación que en esta serie de capítulos se ha hecho de Roma, fácilmente se comprenderá cuán notable es esta ciudad, tanto en lo cristiano como en lo pagano. Reliquias de santos, catacumbas venerables, basílicas grandiosas, templos sin cuento, museos en donde el arte cristiano ha desplegado toda su fuerza creadora y toda su maravillosa fantasía; monumentos erigidos á la Divinidad verdadera, lugar de positiva unción y centro y cabeza y foco de la Iglesia Católica; ó bien muros levantados por una raza de titanes, arcos triunfales, circos inmensos, columnas de capiteles que hasta el día se imitan; tal es Roma, tal es esta ciudad incomparable tantas veces secular, en otros tiempos alegre, bulliciosa, por do quiera resonando en su seno el estruendo de los festines ó la brutal algazara del pueblo reunido en las gradas de los circos; y hoy tan silenciosa, tan fúnebre, tan imponente y misteriosa.



Cuando se abandona esta ciudad, cuando desde el coche del ferrocarril va perdiendo la vista las líneas rectas de la pirámide de Sextio y las almenas de las murallas semiderruidas, comienza la mente á concentrarse y á reflexionar acerca de cuanto los ojos han tenido delante: las impresiones se prolongan indefinidamente, dejando en el corazón profunda huella, y los recuerdos que en el alma graba la Señora del Tíber no se borran jamás.

---